

MEMENTO MORI

A las dos de la madrugada entra la Muerte en la habitación. Los hijos de quien yace en la cama no pueden verla. Achacan la súbita gelidez a una corriente de aire que habría entrado por la ventana que permanece abierta para disipar el hedor que emana del afiebrado cuerpo del enfermo. Se abotonan hasta el cuello y se ovillan como gatos para preservar el calor, pero el frío persiste. Al enfermo no le importa que sus hijos se beban su carísimo coñac para que entren en calor. Y desea que desalojen el dormitorio para bien morir en soledad y en la paz del silencio, pero no consigue articular palabra ni hacer gestos indicativos de tal aspiración. Lo ha intentado levantando apenas la sarmentosa mano desprovista ya de la valiosa sortija que lucía en su dedo corazón y que alguien ha decidido robarle, pero la mano ha vuelto a caer grávida sobre el embozo como un pájaro abatido.

Ateridos por el súbito frío salen todos y dejan en soledad al enfermo.

Mientras dan buena cuenta del preciado coñac, contienden sobre la repartición de los enseres que hay en la casa y que no están reseñados en la relación testamentaria. Discuten sobre algunas joyas y algo de dinero que encontraron bajo unas viejas fotografías en una caja metálica de dulce de membrillo. El dinero es fácilmente repartible, no así las joyas, que tendrán que vender para hacer las equitativas particiones. Alguien, adelantándose en la rapiña, ha escamoteado algunas piezas de oro. Se trata de la misma persona que sustrajo la sortija de la mano del moribundo y que sus hermanos en vano han estado buscando entre los pliegues de las sábanas, las ondas y los flecos del cobertor. Tal vez el viejo se lo tragó para que no se lo quitemos, espeta la ladrona con el único propósito de ahuyentar la sospecha que sobre ella ha recaído en virtud de su bien ganada fama de manilarga. El producto del latrocinio lo tiene la ladrona a buen recaudo en su nido de urraca.

Para buscar dinero oculto rajaron el colchón donde yace el moribundo. Sin el menor recato lo desalojaron de la cama y lo dejaron en el suelo, tirado sobre la alfombra, tiritando como un azogado. Como hienas arrancaron las vísceras al jergón vaciándolo de borra. Acuchillaron la tapicería del sofá de cuero, que está en la salita y

que ya no es aprovechable por estar muy ajado. Hallaron desapercibidas en los recovecos de la estructura una medalla de plata de la Inmaculada Concepción y algunas monedas de poco monto. Entre copa y copa vaciaron cajones, registraron los bolsillos de los abrigos, los forros de las chaquetas, miraron dentro de una caja de galletas, tras los cuadros, en los armarios de la cocina...

La cama, donde habrá de morir el enfermo, es una pieza centenaria y, por tanto, una antigüedad. No tendrán dificultad en venderla a algún anticuario. Lo mismo sucede con la mesa de luz y el ropero, que son de caoba labrada, y con la araña antiquísima de principios del diecinueve que pende del techo del salón cuyos caireles tintinearón cuando La Muerte entró en el dormitorio. Hay también algunas pinturas, oscuras, decoloradas, que describen escenas bíblicas. Son antiguas y, por ende, puede que valiosas. Los libros, que el moribundo atesoró durante toda su vida, los venderán al peso a alguna librería de viejo o al primer ropavejero que oigan pregonando por la calle. Ignoran que entre las páginas de muchos de esos libros su padre ocultó gran número de billetes de diverso valor, pero para los hijos del moribundo un libro es un objeto ajeno, casi alergénico, algo que solo sirve para acaparar polvo y ocupar espacio.

Mancomunadamente, acuerdan que el funeral conlleve el menor gasto posible. Que sea lo más modesto que despache la funeraria, sin esquelas ni flores, con un ataúd austero, con una lápida estándar para convertir en dinero contante las prestaciones rechazadas y poder repartir los beneficios entre todos.

La Muerte se sienta en la cama y se inclina sobre el enfermo que está casi desaparecido en una hendidura del colchón. En latín, que es su lengua vernácula, le susurra algo al oído: *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* (que traducido viene a significar: Recuerda hombre, que polvo eres, y al polvo volverás). El moribundo se estremece porque es consciente de que esa voz gutural y lúgubre pertenece a la mismísima Muerte. Puede oírla porque únicamente, en el estadio en que se encuentra, más próximo al estado etérico que al terrenal, es posible percibirla. De momento La Muerte no se dispone a segar el argénteo cordón que une el alma al cuerpo. Ha dejado la guadaña apoyada sobre una pared y saca de lo más profundo de su túnica un reloj de arena. La Muerte ha llegado temprano y tendrá que esperar

porque aún no es la hora. Cuando el último grano de arena sea trasvasado a la ampolleta inferior, entonces, solo entonces será el momento. Pero, de súbito, La Muerte se levanta, detiene el reloj de un manotazo y exacerbada se descubre el capuz. Si su calavera monda hubiese estado revestida de piel y músculos y piel y pudieseis verla con vuestros ojos mortales, seríais testigos de que acaba de adoptar una mueca de sorpresa, de profunda contrariedad porque intuye que algo no está bien. Se pregunta por qué los hijos del moribundo han notado su gélida presencia y vuelve a inclinarse sobre el yacente, que parece ahora no ser consciente de que le ronda y, sorprendida, aprecia en su rostro el rosado color de la vitalidad: el enfermo inexplicablemente ha mejorado. Las palabras que el encamado oyera y que atribuyó a La Muerte las supone ahora fruto del delirio.

A través de la apertura piriforme la Muerte aspira el alma del enfermo que penetra en forma de neblina en su cuerpo esquelético. El espíritu se hincha como un globo dentro de la estructura torácica y escapa como fluido glutinoso por entre las costillas. No hay duda: el alma está fuertemente atada. La Muerte expira y devuelve el espíritu al cuerpo, que lo recibe con una estentórea convulsión. No comprende cómo es posible que el alma aún no esté madura para la siega. Se incorpora y deambula por la estancia tratando de averiguar dónde radica el error, qué desliz ha podido cometer Cloto, tejiendo en su rueca el hilo por el que transcurre la vida, o Láquesis, al determinar la longitud de dicho hilo, resultando más largo de lo que el destino fijó para el enfermo. Pensativa, La Muerte se rasca el cráneo y vuelve a tomar asiento en el borde de la cama. Saca un grueso tomo encuadernado en cuero humano. Lo abre por una página marcada con una cinta de registro rojo sangre. Pasa la falange distal del índice por una página y repasa uno por uno los nombres que aparecen en un listado, comprobando el grosor y el largor de los hilos que a cada uno de ellos le unen a la vida. Entonces descubre la falta: ni Cloto ni Láquesis fallaron en su implacable misión, sino que fue ella misma la que se dejó llevar por las apariencias y sabe mejor que nadie que muchas veces, engañan. Llegó al domicilio estipulado, el día señalado, a la hora aproximada y como vio a alguien agonizando en la cama, dio por sentado que era a ese al que había venido a buscar sin haber hecho la constatación previa que durante milenios siempre ha venido haciendo. La Muerte se reprocha el estar vieja y no ser tan

perspicaz como al principio de los tiempos. Detenidamente, vuelve a confirmar que la fecha, la hora y el lugar son los correctos, aunque la víctima no es el que está en la cama, muy enfermo, es cierto, pero no lo suficiente para cercenar con su guadaña el hilo que como un cordón umbilical le aferra a la vida. Aún no es su momento. El enfermo se recuperará de su dolencia y vivirá todavía algunos años más, quince, para ser exactos, como acaba de verificar consultando su libro de registro.

La Muerte vuelve a voltear el reloj de arena...

En la cocina se han quedado traspuestos. Qué es lo que el viejo ha puesto en el coñac, se preguntan los que aún están conscientes. Al poco, convulsionarán, echarán espuma por la boca, se les pondrán los ojos en blanco y caerán desplomados al suelo como marionetas deshiladas.

La Muerte se cubre con el capuz y coge su guadaña. Ha caído el último grano de arena. *Tempus est* (es tiempo), sentencia con gravedad. Pero antes de ir a la cocina se acerca a la cama donde yace un hombre milagrosamente recuperado de su mal. *Memento mori. Nemini parco qui vivit in orbe* (Recuerda que morirás. No perdono a ninguno de los que viven en el mundo), le susurra al oído, consciente de que el enfermo, asombrosamente recuperado, ya no la puede oír.